

HUMANISMO Y CUENTO DE HADAS EN ANA MARÍA MATUTE: OLVIDADO REY GUDÚ Y ARANMANOTH.

***M^a Carmen Ruiz Guerrero**

Desde siempre, Ana María Matute ha sido una escritora difícil de ubicar dentro de las corrientes literarias que le son contemporáneas. José M^a Martínez Cachero¹ la consideró inicialmente como una autora tremendista, por su obra *Los Abel* (junto a Camilo José Cela, García Serrano, García Suárez o Susana March), pero esta corriente pronto se agotó dando paso al neorrealismo, al que se circunscriben los autores incluidos en la que se ha llamado Generación del 50 (Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité, José Manuel Caballero Bonald, Jesús Fernández Santos...). A pesar de las diferencias que impiden considerarlos como un grupo homogéneo, dado que cada uno maneja su propia concepción estética, estos escritores tienen en común el empleo de la subjetividad; no sólo muestran lo que se ve para denunciar las injusticias sociales, sino que buscan comprender a los personajes que pueblan sus obras desnudando también sus almas.

Aunque si tomamos en consideración esta característica definitoria del grupo, podríamos también encajar aquí la figura literaria de Ana María Matute, ésta ha sido apartada de él en la mayoría de los estudios literarios. Ella misma, refiriéndose a su ingreso en la Real Academia Española, afirma:

- Me parece un reconocimiento a toda una vida entregada en cuerpo y alma a la literatura. No me han elegido por mi sexo, sino por mi trayectoria. Tampoco me han elegido como representante de una generación, la llamada del 50, porque siempre he escrito de una manera distinta, siempre he estado aparte".²

Ana María Matute afronta la realidad de otra manera, esa misma realidad de la guerra del 36, y más aún, de la posguerra, que los une, que irrumpió sin pedir permiso en su mundo infantil para abrirles los ojos al dolor, haciéndolos formar parte de lo que la propia escritora ha llamado generación de "los niños asombrados".³

La peculiaridad de la obra matutiana es esa atmósfera irreal, onírica en ocasiones, que domina novelas y cuentos. La realidad que analiza no es la misma que se admite convencionalmente, son diferentes los seres que la habitan, es diferente el espacio, se altera la concepción del tiempo. Ana María Matute bucea en el interior de sus personajes, ofreciendo ese punto de vista que va más allá del puro objetivismo, pero también trasciende la subjetividad. Su realidad es más amplia. En su obra, incluso en la de carácter más estrictamente realista, si podemos calificar así alguna de sus obras desde los parámetros habituales, se funde lo vivido con los sueños, los presentimientos, la evocación de lo misterioso, la memoria del pasado, pero también del futuro... Ese ambiente misterioso y poético, que deambula por novelas como *Pequeño teatro* (1954) parte por lo general de la infancia, etapa privilegiada del ser humano, donde todo es percibido con mayor lucidez.

Con estas obras, la escritora no pretende denunciar hechos históricos y sociales concretos, sino dibujar el alma de los hombres y mujeres que los padecen. Refleja el sufrimiento que siempre anida en el corazón de cualquier persona: el abandono, la soledad, el desengaño, la nostalgia... Denuncia la crueldad de aquéllos que aplastan a sus hermanos, pero no busca que les pongamos un nombre; son los caínes y abeles que existen y existirán, siempre perdidos y olvidados, siempre solos, niños que desaparecieron sin ir a ningún sitio, a los que ella intenta comprender.

Los niños, los adultos que no lo fueron, los adultos que dejaron de serlo, aquellos que nunca llegaron a crecer... Ésos son sus personajes. Su propia infancia tejida y destejada del derecho y del revés, como el Tiempo, montura del Príncipe Once.

Sí, sí, hubo un tiempo, allá en el Sur, en que la luz y los colores y aquel intenso y delicado perfume le pertenecían... ¿Quién se lo había arrebatado? ¿Quién se había apoderado de su infancia y la había arrojado lejos, como un despojo?... ¿Qué se había hecho de aquel niño que andaba entre viñedos y miraba el mar... Uno que no murió, ni fue enterrado, y, sin embargo, no estaba aquí?...⁴

Ana María Matute suele contarnos cómo uno de los primeros libros que leyó, siendo niña, fueron los cuentos de Andersen en una edición regalada por su padre. Este libro, y los que le siguieron, calaron profundamente en el alma de la pequeña, dejando luego su huella a lo largo de toda su producción literaria. En *Primera memoria*, por ejemplo, menciona el cristal clavado en el corazón de Kay, motivo que procede de los cuentos dedicados a la Dama de las Nieves, de Andersen, y que luego retomará en *Olvidado rey Gudú*, aunque con efectos completamente opuestos, cuando la piedra azul se clava en el pecho de Predilecto. *Olvidado rey Gudú*, ya desde la dedicatoria, supone un homenaje a esos cuentos de hadas que hicieron volar su imaginación de niña perdida, niña de la guerra a la que la crueldad de los cuentos no asusta, sino que la ayuda a aceptar un poco la realidad que le ha sido impuesta:

*Dedico este libro a
La memoria de H.C.Andersen,
Jacob y Wilhelm Grimm y Charles Perrault.*

A todo lo que olvidé.

A todo lo que perdí.⁵

Sus dos últimas novelas, *Olvidado rey Gudú*, y sobre todo *Aranmanoth*, no sólo recogen alguno de los elementos de estos cuentos, sino que son ellos mismos como dos grandes cuentos de hadas; y como éstos en sus orígenes, dejan fluir por sus páginas el amor, el desamor, la tragedia, la crueldad, la rivalidad entre hermanos... Ana María Matute no concibe los cuentos de hadas como esos relatos dulcificados que se dan actualmente al público infantil, pensando que nada debe rozar su halo de inocencia, sino como esos cuentos populares, no dedicados únicamente a los niños, que les enseñan a qué habrán de enfrentarse y que pueden evitar que más adelante el niño choque con la crudeza de la vida envuelto en una armadura de cristal.

¿Fue eso lo que les ocurrió a “los niños de la guerra”? ¿se encontraron de repente con una realidad que ni siquiera habían podido intuir?, ¿quiere Ana María Matute evitar esa tragedia?, ¿por qué aparece el dolor también en su obra para niños?, ¿por qué el mundo infantil llena sus obras para adultos?

Los cuentos de hadas se convierten en el medio para llegar a comprender el alma del ser humano, para acceder a sus pasiones, a aquello que los empuja a actuar o a permanecer inactivos. Los personajes adquieren mayor o menor relevancia dependiendo de su relación con el mundo de lo maravilloso, dependiendo de su grado de “contaminación”. Las personas “contaminadas” por lo maravilloso son más complejas, más importantes para la trama. Los cuentos son la clave, y por ello se convierten en el eje vertebrador de estas obras, abrazando tanto el nivel de la inventio, como el de la elocutio o la dispositio. No es el halo maravilloso por sí mismo, sólo como opción estética, lo que

preocupa a la autora, sino la vida de los cuentos como complemento ineludible de lo que siempre se ha considerado la vida real.

Por ello, la visión de lo maravilloso en Ana María Matute no es simple, muy al contrario, en la obra de esta singular escritora lo fantástico adquiere una particular dimensión.

A través de esas mismas páginas y de las entrevistas que la escritora ha concedido en distintas ocasiones, podemos comprobar cuáles son las características de estos mundos que acompañan al nuestro, “especies” distintas que lo habitan, realidades paralelas que no todos somos capaces de percibir, a pesar de estar ante nuestros ojos.

En *La torre vigía*, donde los cuentos de hadas no tienen el protagonismo del que hemos hablado, pero donde la realidad mágica envuelve el mundo del protagonista, éste nos dice:

*Y de esta forma entendí –pues nada ni nadie hubiera logrado arrancarme tal seguridad- que aquello que estaba sucediéndome desde que levanté los ojos a la torre no era extraordinario ni maravilloso; no pertenecía al mundo extraordinario ni maravilloso; no pertenecía al mundo de las leyendas o historias de criaturas no humanas que tantas noches de invierno, junto a mi amada señora, oí narrar; sino que obedecía a una **fuerza absolutamente natural, aunque superior al común entendimiento humano**. No se producía en mí, pues, hechizo, alucinación o fruto de veneno alguno. Lo que me había empujado hasta aquellas almenas, y me retenía junto a ellas, pertenecía a un orden de hechos que sucedían, y al mismo tiempo habían sucedido, y aún seguirían sucediendo, sin principio ni fin visibles. Pues inscritas estaban en una materia, o tiempo, que nada tenía de diabólico o de irreal, sino que provenía de mi tiempo y materia misma. Aunque en un grado distinto al que, hasta el momento, pude alcanzar. De forma que hubieran podido tomarse por sueños, o visiones, y no lo eran. Y comprendí que jamás había estado tan lúcido, y despierto, mi entendimiento.⁶*

Aun teniendo en cuenta las diferencias que separan *La torre vigía* de *Olvidado rey Gudú*, *Aranmanoth* o “La razón”, cuento incluido en *Tres y un sueño*⁷, podemos considerar este fragmento como clave para interpretar la concepción de lo fantástico de la obra de Ana María Matute. Se trata, como vemos, de un mundo que no es ajeno al que nosotros conocemos, que no pertenece a otro tiempo ni a otra realidad, pero que sólo algunos seres humanos y en determinados momentos son capaces de percibir. Nos encontramos ante una realidad multidimensional que no todos pueden abarcar en su totalidad. Sólo unos pocos han sido elegidos, sólo rara vez la luna concede el don y nace un ser humano con gotas de luna en los ojos, como Ardid (*Olvidado rey Gudú*) o como Ivo (“La razón”). Dice Ana María Matute:

Yo, a veces, me quedo escuchando y pienso que podrían salir unos cuentos maravillosos con todo lo que explica el agua y también con lo que dice el viento, aunque no es tan explícito. Lo que pasa es que unos lo entendemos y otros no; pero hablar, hablan todos. La cuestión es saber oír.⁸

Una de las maneras de acceder a este mundo maravilloso es, como veíamos, tener “gotas de luna en los ojos”, pero, en “La razón”, las gotas de luna no sólo permiten ver a trasgos, gnomos o geniecillos del fuego, sino que son la condición de su existencia:

- Al huérfano le di las últimas gotas. Nunca más, Tano, nunca más.

La luna se escurrió, como untada de jabón, y aunque el Trasgo dio un salto para prenderla, se le escapó y no apareció más en toda la noche.

Tano les miró a todos:

- *Ésta es la última vez, ya lo habéis oído: vivimos porque Ivo tiene gotas de luna en el fondo de los ojos.*⁹

El bien concedido por la luna, sin embargo, puede perderse al crecer. La infancia es el tiempo mágico, los niños son los elegidos, seres especiales más capaces que los adultos, ya cegados por la razón:

*Así lo comprendió el Hechicero, pues hacía tiempo que había adivinado que Ardid poseía el precioso don. Aconsejó moderación al Trasgo, advirtiéndole cuán traidor era aquel vicio, pues antes de que lo creyera, habríase adueñado de él, contaminándole de la peor manera. «Toda felicidad o bien –añadió– es espada de dos filos.» E igual que Ardid podía perder, al crecer, tan maravilloso don, el Trasgo podría perder su sustancia en el abuso del vino.*¹⁰

*[...] aquél que os daba de comer y de beber en su escudilla, ¿recuerdas, Trasgo? Esta alquería no existía, y aquel muchacho (que también se llamó Ivo) fue luego un guerrero, más tarde un príncipe, y al fin perdió el bien y os olvidó.*¹¹

El bien concedido por la luna puede ser incluso una tragedia para el portador, como le sucederá a Ivo. Ardid no perdió el don al crecer; a Ivo se lo arrancó Tano de los ojos para no verlo sufrir por la soledad. Ivo había entonces obtenido “la razón”.

Muy pocos personajes de la obra de Ana María Matute poseen este don, sólo Ardid, Ivo, y quizás Gudulín o Contrahecho (*Olvidado rey Gudú*), quienes puede ver al Trasgo, aunque no se dice que les haya sido concedido. El hecho de que Gudú no lo posea desespera y entristece al Trasgo, pues es un ser al que amará hasta las últimas consecuencias.

Pero no sólo las gotas de luna acercan a los humanos a esa otra realidad, también el vino puede permitirles ver a alguno de los seres fantásticos que pueblan la tierra, aunque sólo fugazmente:

*Volviendo a mi historia, se da el caso de que la Vieja Dama del Lago me advirtió las dos causas más corrientes de contaminación para un Trasgo: una, el probar cierto elixir, producto de la malicia humana, que les convierte a ellos en seres casi como nosotros (aunque por corto tiempo) y es llamado vino.*¹²

Otra vía para acceder al Mundo del Subsuelo, para conjurar a sus seres es la ciencia, el estudio, desarrollado por ejemplo por el Hechicero, y la fe:

- *Mucho te comprendo- dijo el Hechicero, moviendo la cabeza-. Pero me extraña que un ser como tú haya caído en semejante aberración. Humano soy, para mi mal, y aunque, en sentido contrario a ti, algo contaminado por vuestra sustancia (el estudio y la fe son nuestros vehículos de contaminación) [...].*¹³

El sueño es un momento especial en el que también para algunas criaturas es posible ver a los seres maravillosos, como le explica el Trasgo a Ardid:

- *Señora –dijo Tontina, con un bostezo ahora totalmente desprovisto de disimulo-, preguntadle al Trasgo, que os lo dirá mejor que yo...*

Volvió a apoyar la cabeza en las rodillas de Ardid, y esta vez quedó profundamente dormida.

- ¿Qué es lo que he oído? –murmuró Ardid, consternada-. ¿Acaso puede verte, Trasgo?...

El Trasgo seguía allí, sentado a sus pies, aunque ella no había reparado en él. Y le oyó decir:

- Me sorprende que no lo supieras, Ardid. Es del todo natural que así sea: aunque, por supuesto, sólo puede verme un instante antes del sueño. Una vez despierta, me olvida hasta el próximo sueño.

- ¿Y cómo es eso? – Ardid notaba cómo un temor difuso se apoderaba de ella-. ¿Ha estudiado, como yo, en el libro de algún sabio maestro, y tiene así contaminados sus ojos, como yo?

-No –dijo el Trasgo-. No es extraordinaria, es de una especie corriente. Sólo antes del sueño, hasta el despertar: y olvida, hasta el próximo sueño, y nunca más nos recuperará: ni a mí ni al Sueño.¹⁴

Pero Tontina, como el Príncipe Once, no es para nosotros, lectores, un ser ordinario. Muy al contrario, pertenece a ese otro tipo de personajes que llaman poderosamente nuestra atención, aquellos que pertenecen a Los de Siempre. La autora no sólo nombra en *Olvidado rey Gudú* a gnomos, trasgos, silfos y ondinas, sino que incluye en la construcción de la novela numerosos personajes procedentes de cuentos concretos, de los que Almíbar tiene conocimiento a través de un libro que perdió. Sobre todo utiliza personajes de los recogidos por Andersen, los hermanos Grimm y Perrault (La Sirenita, Blancanieves, La Bella Durmiente, Cenicienta...). Es en la “Segunda Parte” de *Olvidado rey Gudú* donde estos cuentos de hadas se apoderan completamente de la historia. Son precisamente el Príncipe Once, hermano con ala de cisne de “Los cisnes salvajes”, recogido por Hans Christian Andersen (aunque ya presente en la medieval *La gran conquista de Ultramar*), y Tontina, tataranieta de La Bella Durmiente y también emparentada con Blancanieves, y amor imposible de Predilecto. Tontina y Predilecto son los que recrean un verdadero cuento de hadas, con un amargo y a la vez mágico final, como lo será más adelante *Aranmanoth*, obra donde también el amor redime y condena a los enamorados, donde los seres maravillosos se ven atraídos por los humanos, a pesar de considerarse superiores, y son arrastrados a su mundo, que acabará por destruirlos.

Es curioso cómo los cuentos se entremezclan en la trama de *Olvidado rey Gudú*, unas veces de manera clara, y otras mediante evocaciones, mediante, incluso “reescrituras”. Este último es el caso de la historia de Contrahecho y Raiga, donde el amor consigue que la fealdad del ser amado se torne en belleza, aunque los demás sigan viéndolo con su aspecto habitual. ¿No es este el cuento de “Riquete el del Copete”, de Charles Perrault?

Ana María Matute consigue sumergirnos completamente en el mundo de los seres maravillosos, reinventa los cuentos, nos hace recordarlos, los transforma, les da un nuevo sentido. A veces sólo son guiños que nos hacen recordar algún cuento olvidado, palabras o personajes que alguna vez conocimos. En alguna ocasión son los propios personajes los que “manejan” los cuentos creando su propia leyenda., como Ardid cuando llega a Olar para cumplir su venganza. Ana María Matute ayuda a Ardid a componer un verdadero cuento, tal y como si hubiera seguido los pasos marcados por Vladimir Propp en su *Morfología del cuento*¹⁵: la donación, el objeto mágico, la cabaña del bosque... La escritora, sin embargo, bebe de su propia experiencia, de sus propias lecturas, de tantos y tantos cuentos que iluminaron sus ojos de niña, incluso si aún no había nacido quién los escribiera:

Lo que de ninguna manera podía explicar Tontina a Predilecto –puesto que ni ella lo sabía- era que de aquel mismo Tiempo, pero Tiempo Futuro, la habían regresado a ella hasta el Reino de Olar. Y que la historia de los Once Príncipes Cisnes aún no había sucedido: ni siquiera había nacido

*el hombre que la recogería y escribiría muchos años después. Así que, al parecer, todo entendimiento entre ellos era imposible.*¹⁶

Esa convivencia de seres da a luz a personajes que viven atrapados entre los dos mundos, como Almíbar (*Olvidado rey Gudú*) o el mismo Aranmanoth, protagonista de la novelita del mismo nombre. Ambos son hijos de un humano y de un hada, lo que los convierte en seres especiales, más cercanos al mundo de lo maravilloso, pero fascinados por los humanos. Son seres predestinados, seres que viven para redimir a otros aun a costa de su propia desgracia.

Por lo que se refiere a los personajes de “otras especies”, vemos, tanto en *Olvidado rey Gudú* como en *Aranmanoth*, que estos seres están, igual que los humanos, sujetos a unas normas y regidos por un ser superior, que los guía en lo que está bien y en lo que está mal, que los aconseja y los reprende. Se trata de la Gran Fuerza o gran Fuerza Mayor. Así le habla de ella el buen Trasgo al Hechicero:

*Todos los de mi especie, las criaturas del Mundo del Subsuelo (eso es, gnomos, trasgos, silfos, elfos, ondinas, brujas y alguna especie de entre las hadas), dependemos de una gran Fuerza Mayor (de todo punto invulnerable) y tan remota que nos precede en siglos, como tu ciencia ha debido enseñarte...*¹⁷

El mayor peligro al que están expuestos estos seres es la “contaminación” humana, de la que son repetidamente advertidos. En *Olvidado rey Gudú* o *Aranmanoth*, las vidas de los seres de otras “especies” se ven en ocasiones perturbadas por la intervención de los humanos, que pueden ser su perdición, sobre todo si tienen la desgracia de amarlos, de contaminarse de ellos; lo será del Trasgo de *Olvidado rey Gudú* por el amor que siente por Ardid y después por Gudú; lo será del Hada del Manantial, en *Aranmanoth*, al enamorarse de Orso, y también de Tano, el gnomo de “La razón”, que preferirá deshacerse en ceniza antes de ver triste a Ivo. A pesar de ello, este amor será una sublimación de su propia esencia, una elección de la que no se arrepentirán.

Si tenemos en cuenta a estos personajes, tanto humanos como maravillosos – utilizaremos este término aun sabiendo que la autora no se sirve de él, pues también los considera reales-, observamos cómo Ana María Matute no se limita a ofrecernos un mundo maravilloso en el que los fenómenos mágicos o sobrenaturales son aceptados por todos los personajes por igual, sino que, según el punto de vista de cada uno, estos hechos se verán como cotidianos, como sorprendentes, como amenazadores, como útiles incluso, o simplemente como leyendas o mentiras. Tuso, el consejero del rey Volodioso, aterrorizado por lo desconocido, mandará asesinar a cualquiera que sea sospechoso de relacionarse con ello. Gudú, pragmático por naturaleza, negará su existencia, pero lo utilizará cuando le sea necesario, mandando al Maestro formar una nubecilla con la que sobrevolar el campo enemigo. Ardid, con gotas de luna en los ojos, no entenderá a Los de Siempre. Once, viajero del Tiempo, maneja todas las claves, que no nos son desveladas.

En este punto es curioso observar la voz narradora, que a menudo juega con nosotros ofreciendo varias posibilidades, buscando la ambigüedad. Es el lector el que debe decidir.

*[...] aunque lista y sabia [Ardid], ignoraba que las palabras de la Princesa no eran petulancia infantil ni ignorancia de niña estúpida, sino que respondían a una verdad tan profunda, que no era posible ser comprendida por simples oídos humanos.*¹⁸

*Y como en cierta ocasión, a punto estuvo de que el Rey descubriera sus orejas puntiagudas –cosa, al parecer, inevitable, contra la que no existía, ni existe, elixir alguno-, atinó a trenzar su cabello y cubrirlas con rodetes [...].*¹⁹

Y es que la voz narradora en estas dos novelas se manifiesta como una voz compleja. Su lenguaje tiene la sencillez y la belleza de los cuentos populares, nacidos y escuchados entre las gentes del pueblo. Se trata de un narrador / una narradora que nos acerca a los personajes, que utiliza la coloquialidad, que a menudo bromea o se sirve de la ironía, que participa en las historias para darles vida. No debemos olvidar que la oralidad es una de las peculiaridades de los cuentos populares, y es esa imitación de la oralidad lo que lleva a Ana María Matute a utilizar la sintaxis sencilla o las repeticiones, que ayudan al que escucha a reconocer lo que se está diciendo enlazándolo con lo que ya se ha dicho, y a interrumpir a menudo la narración con largos paréntesis explicativos. Se intenta volver al lenguaje de los niños, al lenguaje que puede ser entendido por todos porque es un lenguaje primario.

Esta “simplicidad” lingüística contrasta con los hermosos fragmentos poéticos que también abundan en las novelas matutianas. Según la escritora, en la poesía se encuentra la verdad, es el vehículo para transmitirla:

*La poesía reúne en sí una visión completa de la vida; la poesía es filosofía, es humanística y es todo.*²⁰

*El lenguaje que está detrás de las palabras, al que llamo lenguaje “ningún”, cuando se escribe con el envés de las palabras, como cuando se vuelve un bordado y se ve la trama, el tejido, eso es la literatura. Y fundamentalmente eso es la poesía. Le tengo respeto a la poesía; es la máxima expresión literaria. Quizá ese lenguaje sea en el fondo mi definición personal de lo que es la escritura. Algo que no se limita a contar hechos, cosas, sucesos. La literatura es dar una visión de lo que la verdad es, por ejemplo, una persona, unos sentimientos.*²¹

Por ello la escritora no se limita en sus obras a contarnos una historia, sino que nos sumerge en el mundo de los personajes, un mundo que va más allá de lo que nosotros concebimos como realidad, un mundo que está inundado por la magia, por los presentimientos, por lo misterioso. Esta nueva realidad nos la hace llegar a través del lenguaje lírico, el lenguaje que hay detrás de las palabras y que puede explicar lo inexplicable, el Lenguaje Ningún que utilizan Los que Nunca Pasan, Los de Siempre, y que comprenden los niños:

*Aranmanoth estaba a su lado, como de costumbre, quieto y en silencio. Pero había en el aire una sonrisa, tan sutil, que no distendía sus labios; sólo revoloteaba en el azul de sus ojos, y era tan leve como el temblor de una libélula sobre el agua. Se inclinó graciosamente y, ante la sorpresa de su padre y de cuantos le rodeaban, habló.*²²

Pero los niños crecen, y olvidan el Lenguaje Ningún, y olvidan a los seres maravillosos de sus sueños, van pasando sus “plazos” y se enfrentan al Tiempo con mayúsculas, el Tiempo que los devora. Descubren la soledad más absoluta, los sueños perdidos.

*¿Por qué es tan ciego, y tan indescifrable el mundo al que nos trajeron? ¿Quién nos dejó caer en este mundo, tan mudo, impío y desolado?, se pregunta Ardid al final. Y sólo de tan frágil materia está hecha la vida: de imposibles recuperaciones, de imposibles regresos y de imposibles comienzos, sollozó.*²³

Estas palabras nos hacen reflexionar sobre el inmenso abismo al que se asoma el ser humano, su impotencia ante el Tiempo, magnitud inabarcable de la que tan poco puede gozar. Nos sentimos inmensamente pequeños, condenados al olvido, sólo los cuentos pueden salvarnos, sólo si formamos parte de Los de Siempre, de Los que Nunca Pasan podremos sobrevivir. Gudú, que llora al descubrirlo, como lo descubrió Sikrosio al enfrentarse al inmenso Dragón, ha sido rescatado del olvido por quien más lo amaba: Ana María Matute, la niña.

NOTAS

1. MARTÍNEZ CACHERO, José María, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*, Madrid, Castalia, 1997, p.118.
2. GAZARIAN GAUTIER, Marie-Lise, *Ana María Matute. La voz del silencio*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, p. 131.
3. MATUTE, Ana María, "Prólogo al volumen", en *Obra completa*, Tomo I (incluye *Pequeño teatro, Los Abel y Fiesta al Noroeste*), Barcelona, Destino, 1971, p. 15.
4. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p.422.
5. MATUTE, Ana María, Dedicatoria de *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997.
6. MATUTE, Ana María, *La torre vigía*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998, pp. 188-189.
7. MATUTE, Ana María, "La razón", en *Tres y un sueño*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pp. 8-53.
8. GAZARIAN GAUTIER, Marie-Lise, *Ana María Matute. La voz del silencio*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1997, pp. 109-110.
9. MATUTE, Ana María, "La razón", en *Tres y un sueño*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, p. 34.
10. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p.129.
11. MATUTE, Ana María, "La razón", en *Tres y un sueño*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, p. 34.
12. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 121.
13. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 123.
14. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 382.
15. PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*, Madrid, Fundamentos, 1987.
16. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 420.
17. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 120.

18. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p.386.
19. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p.398.
20. Entrevista realizada por Rafael Cotta Pinto, *La estafeta literaria*, 15 de enero de 1960, apud ROMÀ, Rosa, *Ana María Matute*, E.P.E.S.A., 1970, p.79.
21. GAZARIAN GAUTIER, Marie-Lise, *Ana María Matute. La voz del silencio*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1997, pp. 68-69.
22. MATUTE, Ana María, *Aranmanoth*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 45.
23. MATUTE, Ana María, *Olvidado rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, pp. 897-898.

*M^a Carmen Ruiz Guerrero (Murcia, 1976) es profesora de Lengua y Literatura Castellanas en el I.E.S. Alcántara de Alcantarilla (Murcia). Ha pronunciado ponencias sobre paremiología y sociolingüística en la Universidad de Murcia, publicadas en la revista *Paremia* (Universidad Complutense de Madrid) y *Tonosdigital.com*, respectivamente. Recibió una mención especial en la convocatoria del *VI Certamen Municipal de Creación Joven* de 1998, en el apartado de poesía (20-29 años), organizado por el Ayuntamiento de Murcia.